

## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

MELVILLE J. HERSKOVITS, *Antropología económica*. Trad. de Carlos Silva. México, Fondo de Cultura Económica, 1954. 522 pp.

Es evidente que la problemática económica constituye para el hombre de toda cultura una poderosa motivación existencial. Para el ser de Occidente, lo económico pertenece a un punto temático importante de su vida. Sin embargo, la manera como lo económico contribuye a la orientación de su vida es parte de un contenido más amplio de suscitaciones cuya naturaleza es cultural en su génesis y tradición. En este sentido, la antropología cultural aportó desde sus principios —y esto hace poco más de veinte años— una metodología cuya fundamentación teórica establecía el rechazo de toda deducción determinista en los problemas de constitución social.

Ahora, con motivo de la aparición de la obra de M. J. Herskovits, elaborada a base de datos culturales comparados, y sistemáticamente concebida en términos relativistas, tenemos la oportunidad de referirnos a ciertos hechos fundamentales del problema de integración social en sus fuentes económicas, cuyas fuentes en la temática culturalista quedan sometidas a su verdadera naturaleza de factores interpuestos pero no conclusivos en la conducta humana.

Como finalidad, el trabajo de Herskovits se propone facilitarnos información sobre la vida económica de los pueblos *primitivos* —por nuestro autor denominados *ágrafos*— en una manera comparada, sugiriendo, al mismo tiempo, el modo de abordar los datos de carácter económico. En muchos sentidos, las categorías convencionales que ha usado se ajustan a los conceptos empleados por los economistas científicos, pero su manera culturalista de ordenar los materiales económicos afianza una metodología en la que éstos se anexan a un todo social más complejo, determinando que el modo económico sea tratado como una con-

secuencia coherente del patrón cultural, y no como un fenómeno por sí mismo.

Desde el punto de vista de su enfoque, el trabajo de Herskovits es un estudio de economía comparada en una perspectiva teórica cultural, en el que los grupos humanos que sirven de base a la comparación pertenecen a la categoría cultural *primitiva*. Así, desde el prisma económico, se trata de sociedades en las que no entran en juego los factores pecuniarios; el trueque representa el único medio de comercio, y mantiene un carácter de satisfacción mutua de necesidades, sin afán primario de lucro.

Pero, además, debido a que el grado de especialización en la producción es bajísimo, no son en estas sociedades necesarios los mercados para efectuar “los pocos cambios de bienes que puedan consumirse” (p. 23).

La manera como surgen los fenómenos dentro de la sociedad y el sentido integrador que la trama cultural mantiene en la actividad del individuo, permiten establecer que las bases del comportamiento social no son económicas, sino culturales, y por lo tanto surgen de un contenido más amplio y complejo de causación. Así, por ejemplo, en el hombre *primitivo* el dominio de las técnicas esenciales para subsistir constituye un objetivo inmediato de su vida, pero en ésta la técnica constituye una actividad de servicio social, en la que la manera de orientarse para la técnica se dirige a un fin más completo, procede de una suscitación social más profunda y desarrollada, en la que el prestigio y sus premios derivados son los que imprimen cualidad a la participación económica del individuo. Para este hombre, lo económico, una vez satisfecha la demanda básica de subsistencia, viene a ser secundario a sus fines de motiva-

ción social. Siendo la subsistencia una meta biológica, el dominio de la técnica para conseguirla constituye una suscitación necesaria de su actividad social, pero la orientación de este requerimiento queda sometida a los factores de finalidad mantenidos por el patrón de cultura.

Para el individuo de Occidente, en cambio, lo económico constituye, en ciertas etapas sociales, un fin en sí mismo. Con esto se quiere decir que gran parte de las motivaciones económicas procede de la clase de finalismo cultural que se postula en la sociedad, y no el finalismo consecuencia de lo económico.

Así, por ejemplo, la clase de cooperación, en el sentido ético y emocional, que los individuos son capaces de proporcionarse puede contribuir al bienestar social. Es paradójico que, mientras los pueblos ágrafos, que dependen fundamentalmente de una precaria y a veces incipiente tecnología para subsistir, y de la bondad o rudeza del ambiente natural, rudeza que suele ocasionarles hambres periódicas, son más capaces de convivir y solucionar sus problemas que en nuestra sociedad, donde la técnica y la ciencia han hecho posible superar las dificultades de productividad. En este medio social, en el de Occidente, el hombre muchas veces apenas sabe cómo obtener su subsistencia, a pesar de que su tecnología es de abundancia productiva. ¿No será, entonces, el problema de la solidaridad social la fuente de donde arrancan sus males? La tacañería en la cooperación, la forma en que se instituye en el individuo el concepto de competencia, es una forma de socialización que el individuo aprende a dominar antes de ser productivo en lo económico. Aquí, podemos preguntarnos: ¿qué tipo de economía racional será ésta de Occidente, tan generosa en productividad de bienes y tan incapaz de proveer,

precisamente al individuo, seguridad y estabilidad económicas?

Por otra parte, cuando se examina el problema económico en términos de progreso, casi siempre éste se cualifica a base de la eficacia tecnológica y científica logradas por Occidente, y en relación con sus resultados de abundancia de bienes, pero raramente se asocia este progreso a los conceptos de bienestar psíquico y emocional. Sin embargo, como asienta Herskovits, la psicología de la cultura nos enseña que "la satisfacción de las necesidades humanas no depende en modo alguno de la abundancia de bienes" (p. 35).

La idea racional del progreso no ha quedado ajustada al concepto de bienestar, y este sentido de suficiencia exhibido por la técnica como condición de superioridad cultural no representa, en modo alguno, más que un aspecto del perfeccionamiento de la habilidad para producir más bienes, pero no una situación necesaria de mayor efectividad para vivir feliz, o de comportamiento ético-religioso superior, o de una organización social y familiar más pedagógica en sus fines morales.

Precisamente como resultado de la compleja tecnología y su extensivo incremento de la productividad, el hombre se ha vuelto más interdependiente en sus relaciones de coexistencia, así como también ha tendido a dominar cada vez menos su tecnología para la existencia, porque habiendo sido forzado a la especialización, su capacidad de conocimiento de los procesos inmediatos de subsistencia se ha reducido a un punto infinito del proceso. Pero, además, en lo que concierne a la satisfacción individual derivada de su trabajo, el hombre primitivo es más completo en sus logros sociales, sintiéndose más compensado, en lo psicológico, que el de Occidente.

La forma como se ha ido desenvolviendo nuestra sociedad ha determinado que la riqueza se haya convertido más en un fin que en un medio para

subsistir, porque sólo en la riqueza se ve el individuo aparecer a los ojos de los demás como poderoso y prestigiado.

Debido a ello, las motivaciones esenciales de finalidad del individuo en su ocupación económica tienen por fin el logro de prestigio y de poder. La orientación, por ejemplo, para el prestigio, aun cuando de naturaleza universal, varía en los medios de obtenerlo. Así, cuando descamos saber "por qué los hombres trabajan" nos damos cuenta que los elementos de suscitación difieren de acuerdo con el sistema total de valores que constituyen la orientación de la sociedad de cultura. Esto es, precisamente, lo que nos enseña el estudio comparado de lo social, como ha sido demostrado por la antropología cultural.

En este caso, y como ejemplo, al examinar a los *dogones* del África Occidental Francesa, uno se encuentra que, aparte de la necesidad de sustentarse, el trabajo bien hecho, la emulación y el desco de aprobación constituyen estímulos cuyo conjunto determina la necesidad social de trabajar. Esto quiere decir que muchas de las razones del hombre para trabajar podemos describirlas como finalidades de prestigio, como una búsqueda de estimación social.

Desde el punto de vista del mantenimiento del yo, el prestigio constituye una fuerza de sustentación decisiva. Y, por otra parte, en la dinámica desarrollada por descollar dentro de una profesión se llega a suscitar el estímulo para la habilidad.

En cambio, en lo que respecta al lucro como valor de finalidad, debido a que la capacidad de los pueblos ágrafos para la autosuficiencia económica es limitada y relativa, la actitud hacia los negocios no constituye una preocupación en el impulso social del individuo.

Lo mismo puede decirse con respecto a la propiedad de la tierra. Entre

los pueblos ágrafos la tierra misma no es importante como propiedad, sino sus frutos. La atención e interés del hombre sobre la tierra, entonces, se fija en el rendimiento y no en la fuente de donde emana este rendimiento. En este sentido, las motivaciones para la propiedad de bienes productivos mantienen sentimientos de finalidad que pueden diferir, según la trama de valores concretos que postule la cultura. Esto quiere decir que, especialmente entre pueblos colocados en un nivel de satisfacción económica superior a la simple obtención mínima de recursos para la subsistencia, la conducta económica está dictada muchas veces por factores singulares, característicos de un modo cultural de vida, de acuerdo con el principio de que los valores de finalidad constituyen la fuente principal de motivación en las actitudes del hombre, en particular en aquellos grupos humanos que operan en un plano de productividad por encima del mínimo de satisfacción. En cualquier caso, los valores de finalidad pueden variar en su manifestación, y por lo tanto las condiciones de la orientación se encuentran dentro de un patrón o estilo de vida.

El problema de toda generalización, de acuerdo con Herskovits y con nosotros mismos, es que su validez necesita estar apoyada por una amplia contribución de hechos, y además partir de la integración comparativa.

Desde el punto de vista cultural, el nivel de necesidades es susceptible de expansión, y su base de motivación descansa en la capacidad de asimilación e inventiva del hombre, así como en "la naturaleza acumulativa de la misma cultura humana".

Asociadas a este postulado, las motivaciones culturales consteladas a base de creencias, convenciones, sistemas éticos y situaciones ideológicas establecen la manera de satisfacer los requerimientos económicos. Así, muchas de las características económicas de la

sociedad han surgido como consecuencia de una adaptación a los fines sociales, y no éstos de un condicionamiento económico. Son el individuo y la sociedad en su relación quienes hacen la economía, y todos los procesos del comportamiento social deben ser considerados como un resultado del mecanismo cultural de subordinación más amplia que los suscita.

En realidad, la forma de las necesidades tiene una manera convencional, cultural, de satisfacerse. Se modela a base de una orientación de conducta social adecuada. El porqué los hombres actúan de la manera concreta en que lo hacen en el proceso económico "depende de factores subjetivos y culturales" (p. 26). Por esta causa, parece indudable que la manera como se va sugiriendo la necesidad de consumo y el logro económico, constituyen condiciones culturales y no económicas. El individuo se habitúa a un tipo de socialización que se basa en la *necesidad* de hacer determinadas cosas, lo mismo que tiende a sentirse motivado por ciertos fines.

Como consecuencia, no es la determinación de un factor, sino la interdependencia de todos los factores lo que instituye la motivación social del individuo. Como un resultado, el fenómeno económico debe ser analizado en función de las condiciones culturales más amplias en que se apoya y de las que es un producto.

La cuestión metodológica consiste en que deben unirse en un solo enfoque la comprensión del medio y sus recursos naturales—la ciudad, por ejemplo, no tiene recursos naturales, aparte de la actividad del hombre, puesto que es uno de los paradigmas más vivos de creación artificial—, la tecnología y los fines sociales del hombre desde su arranque cultural.

Acuciados por esta concepción del fenómeno económico, los antropólogos se plantean estos problemas partiendo del estudio de la estructura so-

cial y la dinámica humana integrada a la cultura como un entero. Así, el aspecto económico de la cultura es sólo una parte de su manera de proyectarse la sociedad.

La dificultad principal para entender los procesos de formación cultural y sus derivados de expresión, ha surgido del hecho de que sólo se ha tratado de determinar su naturaleza a la luz de los procesos históricos de las llamadas grandes culturas. En cambio, la experiencia más universal de la antropología como método, por sus aportaciones inductivas, resuelve el problema de una manera distinta. Si se tratara de establecer la naturaleza del proceso de conducta en términos de una sustentación cultural comparada, aparecería una situación relativista en los aspectos de integración humana, lo que motivaría una precaución mayor en la formulación de juicios.

La antropología cultural arranca del principio de que toda experiencia social es *sui generis* y localizada. La base de este postulado se apoya en la acumulación de los hechos proporcionados por la comparación analítica de la cultura.

Así, por ejemplo, la cualidad del análisis comparativo permite describir diferencias en el estilo de vida que mantiene cada cultura, mostrándonos que la sociedad, "en el curso de su desarrollo histórico, se crea su molde especial para plasmar las tradiciones de la propiedad en ella vigentes" (p. 287). Herskovits refuerza este predicado, al decir que: "cualquiera que sea el criterio absoluto que acerca de la propiedad se establezca, el factor último y determinante de lo que es propiedad y lo que no lo es debe buscarse en la actitud del grupo de cuya cultura tomemos el ejemplo propiedad de que se trate" (p. 294).

Asimismo, todos los datos de la antropología en su fundamentación comparada demuestran la insostenibilidad de cualquier enfoque determinista uni-

lateral. La situación social primaria del hombre no sirve para explicar los fines de su vida ni las características problemáticas de su existencia.

El principio inmediato de toda ciencia, según Herskovits, y en esta postulación mantiene un acuerdo estrecho con los fundamentos de la antropología cultural, para cumplir con sus fines es el de que no debe descuidar

consolidarse en una referencia continua cruzada entre hipótesis y hechos (cf. p. 467). Y esto sólo es posible realizarlo cuando el método es capaz de orientarse hacia el conocimiento de la trama total de la sociedad, en su estructura y su patrón de vida, en su ideología y en su ética de finalidad.

CLAUDIO ESTEVA FABREGAT